

El pecio de Benidorm.

La gran ensenada de Benidorm acaba, al este, en las Peñas de l'Albir, un murallón rocoso cuyos acantilados, eran un peligro para los antiguos barcos a vela cuando había temporal de levante o viento fuerte del suroeste.

A falta de una protección mejor, algunos barcos evitaban navegar con mala mar frente a los acantilados y se refugiaban en el rincón de Loix, una pequeña cala con fondo y playa de arena en el extremo norte de la ensenada. Pero no todos lo consiguieron: algunos, empujados por el viento y el oleaje, se estrellaron contra las puntas rocosas que forman al sur las estribaciones de las Peñas del Albir, y se hundieron con sus cargamentos.

Dentro del proyecto de prospección subacuática de la comarca de la Marina Baixa, promovido por un equipo de la Universidad de Alicante y financiado por la Generalitat Valenciana y el Ministerio de Cultura, se prospectó esta zona en la década de 1990. Las observaciones confirmaron que se trataba de un punto negro en las antiguas rutas marítimas.

El hallazgo en superficie de los primeros fragmentos de ánforas, contenedores cerámicos romanos para alimentos como el vino, el aceite o las salsas de pescado, dio lugar a una investigación más detenida.

A pesar de las dificultades que impone el medio subacuático, la arqueología debe adoptar en el fondo del mar una metodología de trabajo no menos minuciosa que la usada en tierra. La instalación de grandes cuadrículas permitirá situar los hallazgos en un plano para comprender la forma y la distribución del yacimiento.

La manga de succión se usa para retirar el sedimento de arena y cascajo, a fin de valorar la profundidad y las características de los posibles pecios. Después, el correcto etiquetado de las piezas permite documentar sin equívocos su posición y su relación con el resto de los hallazgos; por eso antes de su extracción se ubica y se fotografía cada objeto.

Los hallazgos demuestran que, durante siglos, aquí fueron sucediéndose los naufragios. Algunos fragmentos corresponden a ánforas de aceite de oliva del S.III. Una de ellas tiene un sello con las siglas del fabricante, F.M.F.P., un empresario aceitero del territorio de *Corduba*, la capital de la provincia romana de la Bética, situada en el sur de la península Ibérica.

Otras piezas remiten a momentos más tardíos, como este plato fabricado en la zona de Túnez en el siglo VI, decorado con la imagen de un santo cristiano. La pieza es testimonio del período en el que una extensa zona del sureste de la Península Ibérica, así como las Baleares, pertenecían al Imperio bizantino.

La arqueología submarina exige gran preparación, no sólo de buceo sino, sobre todo, en cuanto al manejo de instrumentos de investigación; y, lo fundamental, un conocimiento profundo de los objetos arqueológicos característicos de cada época. Hay que extraer las piezas con sumo cuidado, para que huellas tan frágiles como los sellos o las decoraciones de la cerámica no se pierdan en unos minutos, ya que son retratos insustituibles del pasado.